

cho, del que se ocupa la primera parte de *La metafísica de las costumbres*, y cuyo principio universal formula Kant en los siguientes términos: «Obra externamente de tal modo que el uso libre de tu arbitrio pueda coexistir con la libertad de cada uno según una ley universal» (pág. 40). Ley que, sin embargo, no va a obtener su cumplimiento de la buena voluntad de los individuos particulares, sino que implica y exige la coacción, «en tanto que *obstáculo frente a lo que obstaculiza la libertad*» (*ibidem*). Libertad, que es el derecho innato, «único, originario, que corresponde a todo hombre en virtud de su humanidad» (pág. 49), al que se unen los derechos privado y público (cfr. pág. 54), dimanantes del derecho adquirido, «para el que se requiere un acto» jurídico (pág. 48). De esos derechos, el privado —conyugal, de los padres, herencia,...— y el público —político, de gentes y cosmopolita—, se ocupan los tres capítulos de la primera parte de la Doctrina del derecho y las tres secciones de su segunda parte, respectivamente.

La *Metaphysische Anfangsgründe der Tugendlehre* es, principalmente, un análisis de los deberes del hombre «hacia sí mismo en general» y «hacia los demás», seguido de una «Doctrina ética del método», que se compone de una «didáctica ética» y de una «ascética ética». Esta segunda parte de *La metafísica de las costumbres* ha sido considerada con bastante frecuencia como una «ética» cuyo principio es un dato ya preestablecido, del que se trata de derivar una serie de explicaciones, en que se ve a un Kant perdido en una fatigosa esquemática y en una espinosa casuística, desarrollada según la precedente teoría ética kantiana; y, por consiguiente, de escaso interés. Sin embargo, como A. Cortina advierte, «la *Tugendlehre* hará un extraño descubrimiento: frente a los deberes jurídicos, preocupados por la *forma* en la relación de los arbitrios, a la ética interesa la *materia* del arbitrio, determinable *a priori*; la ética es, frente al derecho, *material*» (pág. LXXI). Advertencia que, junto a la propuesta de interpretación anteriormente mencionada, torna la lectura de esta parte de la obra de Kant tan atractiva como sugerente e influyente para las posteriores corrientes del formalismo jurídico ha sido la *Metaphysische Anfangsgründe der Rechtslehre*. Lectura, de ambas partes, así como del estudio preliminar, que desde estas líneas me permito aconsejar, en la certeza de que resultará una ocupación satisfactoria y agradecida.

José A. MARTÍNEZ MARTÍNEZ

MUÑOZ, J.: *Marx. Antología. Textos Cardinales/Ediciones Península*, Barcelona, 1988, 462 páginas.

Con el que hace el número nueve de los volúmenes aparecidos en los «Textos cardinales» de Ediciones Península, el profesor Jacobo Muñoz ha acometido la difícil empresa de confeccionar una antología de los escritos de Marx. Y decimos «difícil» puesto que, si se toma en serio, eludiendo los tópicos: tanto las apologías cuanto los gestos de desprecio del que se cree morando en un peldaño superior del remolino de la historia por el mero hecho de vivir cien años después de la

muerte del pensador, ha de ajustarse necesariamente a dos imperativos que, por regla general, no son muy respetados en tareas similares. El primero, sin duda, el de la *fidelidad*. Fidelidad al espíritu de una obra inmensa y sinuosa que obstaculiza en grado sumo esa indispensable visión sinóptica que constituye la meta de cualquier estudioso de la misma. Y en efecto, una «nota sobre la edición» nos confirma que ha sido semejante criterio el hilo conductor que ha ido enhebrando los textos seleccionados. Era preciso invitar al lector a reconocer la *evolución orgánica* que para Jacobo Muñoz habría ido trazando la *work in progress* marxiana.

De manera que los escritos aquí presentados se ordenarían en un esquema primordialmente genético-sistemático, y sólo secundariamente cronológico —la primera parte destinada a poner de manifiesto «el fundamento de la crítica», examinando los dardos lanzados por Marx contra la filosofía especulativa, las concepciones burguesas del derecho y la política, el mundo invertido y fantasmal de las ideologías que enmascaran la naturaleza misma del lenguaje y la conciencia, y que impiden, por tanto, reconocer en la realidad del trabajo enajenado la clave monstruosa de la formación social capitalista; la segunda, dirigida a exponer «la crítica como fundamento» de la teoría marxiana de la historia, del análisis del modo de producción capitalista y, en fin, del señalamiento de los objetivos de la acción revolucionaria. Se cumpliría así el trayecto que nos lleva «de la crítica implacable, ética y antropológicamente fundamentada, de todo lo establecido, ideal y materialmente hablando, a la fundamentación científico-crítica de un programa revolucionario de alcance histórico-universal» (pág. 29).

Porque la lectura cuidadosa de estos textos, en el mismo orden que aquí los vertebra, permite romper definitivamente con la idea del «determinismo» de Marx, esa que emparentaría su visión de la evolución histórico-social con la reconstrucción hegeliana del curso ascendente y necesario de un sujeto que se va haciendo a sí mismo sobre nuestros sufrimientos y, en último término, nuestros cadáveres. No hay en el marxismo hipóstasis suprahistórica alguna, ninguna morada para la necesidad lógico-metafísica. Lo que encontramos, en cambio, son elementos para una teoría de la macroevolución social («modo de producción», «fuerzas productivas», «relaciones de producción»...), al lado de *hipótesis heurísticas* de índole metahistórica (por ejemplo, la del teorema de la supraestructura). Y no se puede seguir pasando por alto, como subraya el profesor Muñoz en su breve y densa introducción, la armonía existente entre unos y otras. Dicho de otro modo: esa fusión de naturaleza química, como escribiera Schumpeter, entre los trabajos históricos y los crítico-económicos de Marx, la falta de solución de continuidad entre unos y otros, nos previene contra toda posible dogmatización del materialismo histórico. Y poner semejante cosa de relieve en una antología significa, entonces, que se ha satisfecho muy justamente el requisito de la fidelidad.

Como no tienen mucho que ver los objetivos del propio Marx con los de un científico social cualquiera —«el marxismo no es, desde luego, ciencia en sentido estricto», leemos en la página 7—, la obra que comentamos acoge, además, una tercera parte en que se dan cita, a lo largo de poco más de una veintena de páginas, aquellos pasajes marxianos que más directamente tratan cuestiones de metodología y epistemología. Y ello representa uno de los mayores atractivos de la antología, pues sin duda es la mejor de las fidelidades aquella que atiende en todo momento al propio entendimiento que el pensador ha podido llegar a tener

de su trabajo y sus procedimientos de estudio, aclaración y análisis. La presente selección se hace cargo, en suma, del nivel metacientífico en que se disponen no pocos de los escritos del fundador del materialismo histórico, algo, que, desde luego, no es nada habitual.

En segundo término, el imperativo de la *sinceridad* vendría a exigir del que realiza la antología de los textos que proceda a la manera hermenéutica, es decir, que la lectura que propone al que busca introducirse en la obra de Marx sitúe, efectivamente, la pluralidad de sus sentidos en el centro más acuciante de la época que a él y a nosotros nos constituye. Porque sólo cobra verdadera vida la letra del pensador cuando a ella se sabe incorporar la radical problematización representada por el conjunto de lecturas anteriores de la misma, de esas interpretaciones que nos distancian de ella pero que, al mismo tiempo, son las que nos hacen reconocible el sentido que exhibe. Justo la estrategia contraria, en pocas palabras, a la que consiste en disimular a toda costa las fisuras del pensar, y entregarnos la palabra muerta del dogmatismo, esa respuesta, imposible por absurda, que según muchos habría allanado ya definitivamente todas las sendas imaginables.

Así, la orientación en el estudio que supone la antología del profesor Jacobo Muñoz empieza por advertir el debilitamiento de la presencia de Marx en nuestro confuso presente, tras haber reconocido el carácter extraño de su figura intelectual, a la vez clásica, y escasamente típica. Con semejante inicio se hace de esperar la decisión, sin duda valiente, de señalar la condición de posibilidad de la desconcertante pluralidad de lecturas que se hicieron y se hacen todavía de esta obra colosal: las violentas tensiones que anidan a la base de la concepción del sujeto revolucionario y también de la valoración del expansionismo propio del modelo capitalista, por indicar solamente dos extremos de indudable relevancia.

Marx oscilaría, en efecto, a la hora de situar el motor del proceso histórico, entre lo que podríamos llamar elementos subjetivo y objetivo del mismo. Porque hay textos que enfatizan la importancia de la acción revolucionaria del proletariado en cuanto clase universal, pero también los hay que adjudican la batuta de la historia a la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que más allá de un determinado punto las encorsetan. De ello da testimonio, es obvio, la presente selección, al tiempo que, en la introducción, se nos advierte de la necesidad de repensar esta célebre hipótesis última, en vista de la poco dialéctica contradicción entre determinadas lecturas «clásicas» de la misma y la situación actual de las relaciones de producción vigentes. Lo mismo se debería aplicar, en suma, al supuesto de un sujeto revolucionario específico, habida cuenta de la dificultad de seguir entreviendo en el proletariado «de nuestro entorno geopolítico» esa universalidad portadora de los gérmenes de emancipación que Marx había acertado a reconocer en el de su tiempo (pág. 11). Y tal vez fuera lícito pensar que la reseñada oscilación del propio pensador tuviera precisamente algo que ver con esta interna problematización que constituye tanto a la hipótesis cuanto al supuesto.

Es, por otra parte, la conflictiva presencia del motivo nostálgico y el motivo revolucionario, esos simultáneos mirar hacia el pasado integrador y estar volcado al futuro liberador, la que originaría la ambigüedad que se evidencia, a lo largo de la obra marxiana, en relación con la valoración del expansionismo que caracteriza el modo capitalista de producción. Porque, sin duda, se ensalza su capaci-

dad de revolucionar incesantemente los medios de producción, en virtud de esa potenciación programada científicamente de las fuerzas productivas, que les hace experimentar un crecimiento en absoluto comparable con el que les pudo imprimir cualquier formación social del pasado. Pero también se sacan a la luz las tremendas consecuencias que semejante provocación de la naturaleza trae consigo para la misma especie humana. Así, por ejemplo, el texto recogido bajo el rótulo «Capitalismo y depredación del medio natural y humano» parece reunir en su núcleo significativo los dos motivos opuestos: «Por eso la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que minando al mismo tiempo las fuentes de las que mana toda riqueza: la tierra y el trabajador» (pág. 371). Con ello, la omnipresente ideología «progresista» del desarrollo ilimitado nos mostraría la racionalidad incompleta que la constituye, la misma que convierte la tierra en vertedero y desierto, incapaz de caer en la cuenta, además, de que nosotros pertenecemos a ella.

En conclusión, aparte del *nivel metacientífico*, del que da cuenta la tercera y última parte de la antología que comentamos, la obra marxiana se habría dispuesto en las capas o estratos siguientes: *teórico*, en un sentido de ciencia próximo al convencional —localización de las leyes naturales que rigen la producción capitalista; *crítico*, tanto desde la perspectiva ético-política como desde la ideológica; *programático*, como fijación de objetivos para la clase trabajadora; *praxeológico*, por último, en tanto fundamentación racional de dichos objetivos especialmente en lo tocante a su realizabilidad... Y tal clasificación no surge del capricho del estudioso, sino que brota por sí misma de la lectura directa de los textos. Lectura que, además, se recoge en segundo lugar sobre sí misma como visión sinóptica, de forma que la presente antología tendría la aspiración de hacer posible la orientación más adecuada del lector en cada uno de los cinco niveles, distinguidos ya en la introducción (págs. 7 y 8).

Nos hallamos, en definitiva, ante los textos capitales que generaron «una de las grandes tradiciones emancipatorias del mundo moderno». Y no es que hoy se haya difuminado del todo el horizonte de la liberación, sino que la decadencia evidente de los grandes relatos, para ponerlo en las palabras de Lyotard, exigiría la reformulación de los supuestos básicos del proyecto marxiano. Pero ello no impide que los nuevos movimientos sociales habiten el espacio mismo de tal proyecto. Y no podría ser de otra forma, ya que se trata del espacio de la reflexión.

Mariano LUIS RODRÍGUEZ

RÁBADE, A. I.: *Schopenhauer. Antología*, Textos cardinales, Ed. Península. Barcelona, 1989, 290 páginas.

Se reúne en esta antología un buen grupo de los textos fundamentales de Schopenhauer, resultando especialmente valorable el hecho de que todos ellos hayan sido traducidos por la autora de la edición. Ya que, en efecto, además de